

5) «... y resultó el hombre un ser viviente»

“Y Dios dio por concluida en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera.” (Gen 2,3).

El relato de la creación del hombre en el libro del Génesis no termina aquí. Nos encontramos con un segundo relato que – pienso – nos será a su vez de utilidad para individuar la visión del hombre de san Benito.

“No había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahveh Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. Pero un manantial brotaba de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo. Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal (...) Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase.” (Gén 2,5-15)

En este segundo relato, el hombre es sacado del polvo y toda su nobleza se encuentra en el aliento divino que Dios insufla en sus narices. En él se encuentran la tierra y el espíritu, y el espíritu le es dado para permanecer en su polvo, en su carne, en lo que hay en él de miseria, de pobreza, de fragilidad. Tendremos que pensar en este cuando veamos la importancia fundamental de la humildad en la antropología de san Benito.

Pero en este segundo relato aparece también otros dos elementos importantes: el jardín y el trabajo. Si en el primer relato el hombre ha sido creado y colocado en el mundo en general, recibe aquí una especie de morada que es don de Dios, pero también lugar de trabajo: el don debe ser cultivado, el don es una semilla que hay que hacer crecer, que hay que cuidar. Esta podría ser una luz para descubrir el sentido del monasterio “cerrado” de san Benito y toda la importancia que Benito da al trabajo diario, no solo para ganarse la vida, sino para llegar a ser cada vez más un hombre a imagen de Dios.

Después, en este relato encontramos la prueba de la libertad en la obediencia: “Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio»” (Gén 2,16-17).

¿Cuántas veces y de qué forma se nos propone y vuelve a proponer esta prueba de la libertad en la Regla? Será interesante comprenderlo y comprender que es precisamente a esta prueba primordial a la que está llamada nuestra libertad, desde nuestra vocación, a someterse a la misma.

El segundo relato de la creación nos ofrece un desarrollo del tema de la creación de la mujer, que quizá podrá ayudarnos a profundizar el sentido de la polaridad de los sexos para nosotros en el monasterio, máxime cuando este relato introduce el tema tan importante para nosotros de la soledad: “Dijo luego Yahveh Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.» Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las

aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” (Gén 2,18-25).

Es evidente que aquí tendremos que tener en cuenta también el relato de la tentación y de la caída, que sigue a continuación, para entender muchos aspectos de la visión del hombre que inspira el camino que san Benito nos propone para vivir en plenitud nuestra humanidad y su redención mediante Cristo Salvador. Lo haremos dentro de poco.

El hombre, por lo tanto, es hecho por Dios, por un Dios que se expresa en plural, el Dios que sabemos es Trinidad. Él está hecho a imagen de Dios, a su semejanza: “Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (1,26).

Es desde aquí desde donde debemos siempre comenzar para intentar comprender el misterio del hombre y entender cómo este misterio ha sido contemplado y afirmado en la Regla de san Benito.

Ya hemos insistido bastante en la afirmación de la dignidad de todo hombre en la Regla. Pero tenemos que profundizar en el tema de la imagen y de la semejanza. ¿Está presente en la Regla? ¿Y cómo?

Los términos *imago* o *similitudo* no aparecen en la Regla. Pero la conciencia de que Dios es nuestro modelo está presente en todas partes.

Desde las primeras líneas del Prólogo, la finalidad y el sentido de la Regla son afirmados con estas palabras: “para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia” (Pról. 2). Esta frase nos hace comprender enseguida que el actor del camino de la Regla de san Benito es el hombre tal y como la Escritura nos lo revela: el Adán del Génesis, aquel hombre que se ha apartado y alejado de Aquél que lo ha modelado. Supongo que esta frase del Prólogo hace directa alusión a la parábola del hijo pródigo (Lc 15,18-20). Pero la insistencia sobre la dialéctica obediencia/desobediencia nos hace entender que en el fondo son ante todo el pecado original y la expulsión del paraíso terrenal que aquí se sobreentienden. Lo que nos recuerda que la expulsión y el regreso se ponen en juego en relación con la imagen de Dios. El desafío de la Regla, de todo el camino propuesto por san Benito, es la vuelta del hombre, que se había perdido en la “región de la desemejanza”, a su naturaleza de imagen y semejanza de Dios, una vuelta que es al mismo tiempo una vuelta a Dios y una vuelta a sí mismo, porque si el hombre es imagen de Dios, no puede ser plenamente él mismo, plenamente hombre, sino encontrándose en presencia de la luz de su Modelo divino.